

El Carácter del Cristiano I

Juan José Pérez
19 de Septiembre, 2010
Iglesia Bautista de la Gracia
Santiago, República Dominicana

Introducción General

El Sermón del Monte, comprendido entre los capítulos 5 al 7 del evangelio de Mateo, es probablemente la parte más conocida de la enseñanza de Jesús, aunque podríamos suponer que es una de las partes que menos se comprenden y seguramente de las que menos se obedecen.

El Sermón se encuentra al principio del ministerio público de Jesús. Inmediatamente después de su bautismo y tentación, Jesús comenzó a anunciar las buenas noticias de que el reino de Dios, largamente prometido en la era del Antiguo Testamento, estaba ahora a la puerta. Él mismo había venido a inaugurarlo. Con él había amanecido la nueva era, y el régimen de Dios había irrumpido en la historia. "Arrepentíos", clamó, "*porque el reino de los cielos se ha acercado*". En realidad, "*recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino*" (4.23). El Sermón del Monte, entonces, debe verse en este contexto.

El gran tema de este sermón es el reino de los cielos. "*El reino de los cielos*" es la expresión habitual con que Mateo se refiere a lo que otros escritores del Nuevo Testamento llaman "*el reino de Dios*". Al final del capítulo 4, específicamente en el verso 23, se nos dice que Jesús andaba por toda galilea enseñando y predicando el evangelio del reino de Dios y señales milagrosas autenticaban Su glorioso mensaje. El resultado fue que, según el verso 25, "*le siguieron grandes multitudes de Galilea, Decápolis, Jerusalén y Judea, y del otro lado del Jordán*". Luego tenemos que Mateo 5:1-2 comienza con las siguientes palabras: "*Y cuando vio las multitudes, subió al monte; y después de sentarse, sus discípulos se acercaron a El. Y abriendo su boca, les enseñaba...*".

En la opinión del teólogo John Stott, no hay otras dos palabras que resuman mejor su intención que las contenidas en la expresión "contracultura cristiana". En otras palabras, que quién define lo que es un ciudadano del reino de Dios no es la cultura reinante, sino la palabra de Dios en Cristo. El cristiano está llamado a ser radicalmente diferente de la cultura reinante en cuanto a sus valores, normas y estilo de vida, pues el tema esencial de toda Biblia, del principio al fin, estriba en que el propósito histórico de Dios es llamar a un pueblo hacia Sí mismo; que este pueblo es un pueblo "santo", apartado del mundo para pertenecerle y obedecerlo; y que su vocación debe ser congruente con su identidad; ellos deben hacer lo que deben hacer porque son quienes son, es decir, dados que son santos ellos han de andar como santos en toda manera de vivir. Posiblemente, el texto clave es Mateo 6.8: "*No os hagáis, pues, semejantes a ellos*". Nos hace recordar inmediatamente la palabra de Dios a Israel en los días antiguos: "*No haréis como hacen*". Es el mismo llamado a ser distintos. Y a través de todo el Sermón del Monte se elabora este tema. El carácter de ellos debía ser completamente distinto de aquel que el mundo admiraba. Debían brillar como luces en las tinieblas predominantes. Su justicia debía exceder la de los escribas y fariseos, tanto en conducta ética como en devoción religiosa, en tanto que su amor debía ser mayor y su ambición más noble que la de sus vecinos paganos.

El bosquejo a seguir durante todo el sermón será el siguiente:

- El carácter del cristiano: las bienaventuranzas (5:3-12).

- La influencia del cristiano: luz y sal (5:13-16).
- La justicia del cristiano: el cristiano y la ley (5:17-48).
- La piedad del cristiano: la limosna, el ayuno y la oración (6:1-18).
- La ambición del cristiano: El reino de Dios y Su justicia (6:19-34).
- Las relaciones del cristiano: Con Dios, con uno mismo y con los demás (7:1-20).
- La entrega del cristiano: la voluntad de Dios (7:21-27).

I- El carácter del cristiano: Las bienaventuranzas 1era parte.

Introducción a las Bienaventuranzas

Antes de comenzar con las bienaventuranzas, es necesario observar los dos primeros versículos del capítulo 5 de una manera mas cercana.

En primer lugar, se nos menciona allí el escenario en que tuvo lugar este sermón: “*subió al monte*” (v. 1). Al final del capítulo 4 se nos dice que debido a Su predicación y sus milagros, Su fama llegó a toda Siria y multitudes venían a El. Se nos dice luego en el capítulo 5 que al ver la multitud, subió al monte. No se nos dice de manera específica cual monte, aunque muchos creen que estaba ubicado en la costa norte del mar de Galilea.

En segundo lugar, se nos menciona allí los receptores de dicho mensaje: “*vinieron a él sus discípulos*” (v. 1). Interesante el punto, porque a primera vista podría parecer que se Jesús se apartó de la multitud que le seguía mencionada al final del capítulo 4, para irse solo con sus discípulos al monte. Pero como ha señalado el teólogo D.A. Carson, exegéticamente hablando, parece demasiado sugerir. Esto por dos razones, primero, porque cuando tomamos la palabra discípulo en el evangelio de Mateo, nos daremos cuenta de que no se refiere necesariamente a un apóstol o seguidor creyente comprometido; puede referirse a cualquier oyente que se acerca para aprender en un momento determinado. Además, este modo de comprender el texto queda comprobado por la conclusión de Mateo al sermón del monte en el capítulo 7: “*Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina*” (v. 28). Queda también corroborado por el hecho de que Jesús incitaba a esos discípulos a entrar en el reino y a entrar en la vida (7:13-14; 7:21-23).

En tercer lugar, se nos menciona la actitud de Jesús: “*y sentándose... Y abriendo su boca les enseñaba*” (v.v. 1-2). Jesús llegó al escenario elegido y se sentó. En Su época, esta era la posición tradicional para un profesor en la sinagoga o en la escuela. Muchos comentaristas sugieren que al subir al monte para enseñar estas verdades relacionadas al reino y mostrar dicha actitud, Jesús trazaba un paralelo entre Moisés, quien recibió la ley en Sinaí y El mismo. No estamos tan seguros de eso, pero de lo que si estamos seguros es que si esto es así, no lo hizo para dar una nueva ley, sino para interpretar y aplicar de manera correcta y autorizada la ley de Moisés, pues después de todo, Jesús, al ser Dios, es el autor de la ley.

La primera parte del sermón del monte (v.v. 1-12) se le ha llamado *las bienaventuranzas*. No debería sorprendernos el título, ya que palabra clave en esta sección es la palabra “bienaventurados”, la cual se utiliza 9 veces en esta porción. Su contenido básico es describir el carácter de los hijos del Dios.

Hay algunas observaciones generales que deben ser resaltadas:

- 1- El Significado de la palabra “*bienaventurados*”. La palabra griega es “*makarios*”, la cual puede ser traducida, como lo ha señalado el exegeta D.A. Carson, “*bendecidos*”. Aunque algunas traducciones modernas prefieren traducir “*felices*” en lugar de “*bendecidos*”, al hacerlo, el término sale perdiendo. Claro que en términos generales, todos aquellos que son

bienaventurados serán profundamente felices. Pero como lo ha expresado el Dr. Lloyd Jones, ¿Qué es al final lo que los hace felices? No es la forma en que ellos se ven a si mismos, sino la forma en que Dios los ve y los aprueba, pues al final, no puede haber mayor bendición que la de ser aprobados por El.

- 2- Notemos que el tipo de bendición no es nada improcedente en ninguna de las 8 bienaventuranzas, pues la bendición va siempre relacionada con la condición: *“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”*; *“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados”*.
- 3- Notemos que tanto la primera como la ultima bienaventuranza prometen la misma recompensa: *“de ellos es el reino de los cielos”*. A esto muchos le han llamado un principio de inclusión, lo cual quiere decir que, en realidad, todo lo que está entre las dos expresiones pueden incluirse bajo el mismo tema, que en este caso es, como ya hemos visto, el reino de Dios o reino de los cielos.

En este estudio solo veremos las 3 primeras bienaventuranzas, a saber, los pobres en espíritu, los que lloran y los mansos.

I Bienaventurados Los Pobres En Espíritu

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos”.

¿Qué es la pobreza en espíritu?

a) De manera negativa.

- No se trata de una pobreza a nivel económico o pobreza material, ya que se puede ser pobre materialmente hablando y no ser creyente, como es el caso de aquellos que por querer enriquecerse caen en lazo del diablo; de igual manera, se puede ser rico materialmente y ser un verdadero creyente, como es el caso de aquellos que han dispuesto sus riquezas para servir en el reino.
- No se trata de la pobreza de ignorancia espiritual, ya que como dice la Escritura en otro lugar, no es bienaventurado por falta de conocimiento, sino que peca por causa de ello (Ose. 4:6).
- No se trata de una pobre espiritualidad, ya que los creyentes en Corinto fueron severamente reprendidos y disciplinados por Dios por su pobre espiritualidad (1 Cor. 3:1-4).
- No se trata de una deficiencia de vitalidad y coraje ().
- No denota mucho menos pobreza de Espíritu Santo, pues la Biblia nos manda a buscar la llenura del Espíritu (Ef. 5:18).

b) De manera positiva. Parece que esta expresión se desarrolló en tiempos del Antiguo Testamento. A menudo se habla de *“los pobres del Señor”*, debido a su extrema problemática económica derivada a menudo de la opresión. Hay unos cuantos versículos en el Antiguo Testamento que pudieran ayudarnos a comprender mejor su significado:

- Sal. 51:16-17: *“Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”*.

- Isa. 57:15: *“Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados”*.
- Isa. 66:2: *“Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Jehová; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra”*.

Notemos algunas características del pobre en espíritu dadas en estos textos:

- 1- Involucra una actitud interna más que una obra externa. Esto queda evidenciado en el uso de las palabras *“corazón”* y *“espíritu”*, las cuales hacen referencia al hombre interior o parte espiritual del ser humano. De hecho, David expresa claramente que antes que las obras sacrificiales que podamos ofrecer a Dios, El prefiere un espíritu contrito y humillado.
- 2- Involucra una profunda tristeza en el espíritu o corazón. Esto queda evidenciado por las palabras *“quebrantado”* y *“contrito”*.
- 3- Involucra una actitud de humillación ante Dios, lo que implica tener un concepto correcto de nosotros mismos a la luz de Su Santidad. Esto queda evidenciado en el uso de las palabras *“humillado”*, *“humilde”*.
- 4- Todo lo anterior viene en conexión a considerar el carácter de Dios revelado en Su palabra: *“que tiembla a mi palabra”*.

Creo que estamos preparados ya para sacar una definición de lo que es ser un pobre en espíritu. Pudiéramos decir que un pobre en espíritu es una persona que después de haber contemplado la majestad y la santidad de Dios revelada en Su palabra, comienza a ser testigo de su pobreza e indignidad espiritual, lo que produce una santa tristeza en lo más profundo del corazón y que le impele a pedir misericordia. Es interesante notar que en el griego existen dos palabras para pobre, una que hace referencia al pobre que tiene que trabajar para ganarse la vida, y la otra que hace referencia al pobre que no puede trabajar y lo único que le queda es mendigar y pedir. El pobre en espíritu, una vez se ha visto cara a cara con la majestad de Dios queda convencido de que está en bancarrota espiritual y que lo único que le queda es implorar o pedir misericordia. Dicho de otra manera, como lo ha expresado el D.A. Carson, se trata de la forma mas profunda de arrepentimiento. Un ejemplo claro de esto lo tenemos en el publicano que subió al templo a orar: *“Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador”* (Lc. 18:10). Sus palabras revelaban el quebrantamiento de su espíritu ante la presencia de Dios. Y todo esto puede sonar muy extraño para el mundo, pero ¿saben algo? Jesús dice en el verso 18 que *“éste descendió a su casa justificado”*, ¿Por qué? Porque Dios ha prometido que no va a despreciar, sino que ha de mirar con favor y morar con aquel que es pobre y humilde de espíritu.

No ha de extrañarnos entonces que como dice la promesa, los pobres en espíritu son bendecidos, pues *“de ellos es el reino de los cielos”*. Sobre esto dice John Stott: *“A los tales y solo a los tales, el reino de Dios les es otorgado, porque el reinado de Dios que trae salvación es un don tan absolutamente gratuito como inmerecido”*. ¡Cuan glorioso es esto! Estas personas un día se dan cuenta que ante Dios está en bancarrota, es decir, no tienen nada, pero al final lo tienen todo, pues *“de ellos es el reino de los cielos”*.

Aplicaciones:

- Amado amigo, considera estas palabras. El fariseo de la historia en Lucas 18 era un hombre intachable ante los ojos de la sociedad. No solo esto, también se jactaba de ello, pero ¿Sabes que? no fue justificado, porque los ojos del Señor están sobre aquellos que no andan justificándose a si mismos, sino sobre aquellos que saben que no tienen justificación ante El y

que la única esperanza es que El mismo los justifique y por ello abren sus manos, no para darle a Dios sus justicias, sino para recibir la justicia que viene de El.

- Amado hermano Jesús dijo a la iglesia en Laodicea: *“Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”* (Apoc. 3:17). En otras palabras, aun los mismos creyentes, en ocasiones, pueden mostrar un carácter contrario a su propia naturaleza. Mantente siempre conectado a aquella palabra que revela a Aquel cuyo carácter santo nos hace temblar y nos hace ver que la única razón por la cual hoy tenemos justicia es porque El nos dio la justicia de Cristo.

II

Bienaventurados Los Que Lloran

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación”.

La segunda bienaventuranza, y estrecha y lógicamente conectada con la primera, tenemos a *“los que lloran”*. Esto claramente necesita una explicación, ya que no toda tristeza o llanto es bueno. Las Escrituras nos hablan de una tristeza según el mundo que conduce a muerte (2. Cor. 7:10). Pero también nos habla de una tristeza según Dios que conduce al arrepentimiento. Y es de esa tristeza de la que hablamos en esta segunda bienaventuranza. ¿En que consiste esta tristeza y este lloro que es bendecido por Dios?

a) De manera negativa. Si bien es cierto que son bienaventurados los que lloran, no queremos decir con esto que el cristiano debe estar siempre deprimido y lloroso. El cristiano no debe encajar en ese estereotipo que tenía en mente la niña que exclamó: *“¡Ese burro debe ser cristiano! Mira, que cara mas larga tiene”*. No. El creyente debe ser la persona más gozosa que existe bajo la faz de la tierra.

b) De manera positiva. ¿De que se trata entonces? Este llanto está en íntima conexión con la bienaventuranza anterior. Como lo ha expresado D.A. Carson, es la contrapartida emocional de la pobreza en espíritu. Cuando la persona se halla frente a la santidad de Dios, y contempla su bancarrota espiritual, es decir, que no tiene ninguna justicia que le recomiende a Dios y que al mismo tiempo, la justicia que podría tener no es mas que trapos de inmundicia delante de Su santidad o trascendente pureza (Isa. 64:6), lo único que le queda es llorar, llorar por el pecado, sobre todo al entender que el pecado no solo incluye un desafío a Dios por infringir Su ley (1 Jn. 3:4), sino que también incluye un mal representar Su carácter santo, a imagen de quien hemos sido creados (Lv. 20:7), y una rechazo de El como el bien mayor de nuestras almas, prefiriendo antes que a El las cisternas agrietadas del pecado (Jer. 2:13). Aquel que es pobre en espíritu considera que el pecado en cualquiera de sus formas, es, como lo ha expresado John Piper, un ataque a Dios. Eso entonces le lleva a llorar:

- 1- A llorar, en primer lugar, por sus propios pecados ante Dios, pues puede ver que su pecado, a pesar de lo pequeño que pueda parecer, es algo indescriptiblemente horrendo y sucio a la luz de la pureza moral de Dios, aquel que es luz y en quien no hay ninguna tiniebla. Esto fue lo que sucedió con Isaías en el capítulo 6 de su libro, al ver la inmundicia de su hablar ante la majestad de Dios, sus palabras de tristeza y santo lloro brotaron por sus labios: *“¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”* (Isa. 6:5). Eso es lo que vemos en el apóstol Pablo, quien al ver las constantes luchas con el pecado remanente exclama: *“Miserable de mí”* (Rom. 7).

- 2- A llorar por el pecado de otros. En vez de adoptar los extremos de una actitud hipercrítica, o por otro lado, una actitud de risa o burla ante las blasfemias, borracheras, adulterios, fornicaciones, avaricias, cinismo, falta de integridad, etc, su actitud es como aquella que describe Judas en el verso 23, “misericordia con temor”; dicho de otro modo, el verdadero ciudadano del reino, al ver los pecados de su generación y al ver que son pocos los que lloran por sus pecados, no puede evitar llorar. Esta es la actitud que vemos reflejada en Daniel en el capítulo 9 de su libro. Al ver el persistente pecado del pueblo de Israel contra su Dios y como esto les había llevado al cautiverio, palabras de lamento salieron de su boca: *“hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra”* (Dn. 9:5-6).
- 3- A llorar por las consecuencias del pecado. Cuando esta persona ve la confusión moral, infelicidad y sufrimiento del genero humano: huracanes, tsunamis, tornados, terremotos, calor abrasador, frío mortal, sequías, inundaciones, hambrunas, etc, en los cuales sufren y mueren muchas personas, llora, pues sabe que al final todo esto se debe al pecado. Daniel, en el pasaje dado anteriormente, no solo lloró por los pecados del pueblo, sino también por las consecuencias del mismo, el hecho de haber sido llevados al cautiverio por 70 años aproximadamente a causa de sus pecados. De hecho, en este sentido, aun Cristo lloró. Al ver la persistente obstinación e incredulidad de Jerusalén y lo que les esperaba como consecuencia de ello, El, con dolor y lagrimas dijo: *“diciendo: ¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación”* (Lc. 19:41-44).

Ahora bien, usted preguntará, ¿Por qué son bienaventurados los que lloran? ¿Qué bendición hay en esto? ¿Cómo pueden ser felices estas personas? ¿Cómo pueden ser felices los “infelices”? Jesús responde: *“Ellos recibirán consolación”*. Jesús promete que si lloramos de verdad, nos regocijaremos, recibiremos consolación. Dios mismo nos consolará.

-
- a) Nos consolará en el momento de la conversión con la certeza de que si bien es cierto que hemos visto su bancarrota espiritual ante Dios y esto nos lleva a llorar, levantamos nuestros ojos a la cruz y podemos ver a aquel que fue levantado como la serpiente en el desierto, *“para que todo aquel que en El cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”* (Jn. 3:16), a Jesús, *“quien vino a salvar a Su pueblo de sus pecados”* (Mat. 1:21). Al ver y creer esta verdad, la paz y la felicidad vuelven; la tristeza se torna en gozo y el llanto en ropaje de alabanzas; nuestro corazón es consolado. Y así pasa la vida cristiana. Constantemente vemos nuestros pecados y nos entristecemos, pero volvemos nuestra mirada a la cruz y recobramos el gozo de la salvación. En resumen, lágrimas y gozo, pesar y felicidad, y la una conduce de inmediato a la otra.
 - b) Pero no se ofrece al cristiano solo este consuelo inmediato. Hay otro consuelo que el hijo de Dios experimenta en el presente y es el consuelo de “la esperanza bendita” que Pablo nos menciona en el capítulo 8 de Romanos. Cuando comparamos las aflicciones presentes con la gloria venidera, llegamos a la conclusión de que *“las aflicciones presentes no son comparables con esa gloria que en nosotros se ha de manifestar”* (Rom.8:17-25) y esto *“produce en nosotros en cada vez más excelente y eterno peso de gloria”* (2 Cor. 4:17). **SOMOS CONSOLIDADOS AQUÍ Y AHORA.**
 - c) Pero no solo se nos promete un consuelo presente, sino también un consuelo futuro. Cuando Cristo regrese por segunda vez, en la manifestación de Su reino, El establecerá cielos nuevos

y tierra nueva donde mora la justicia. Allí “*Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron*” (Apoc. 21:4).

Así que, hay consuelo presente y futuro para aquellos que lloran a la manera de Mateo 5:4. Esto nos lleva a nuestra próxima bienaventuranza: Los mansos.

II Bienaventurados Los Mansos

“Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad”.

Esta tercera bienaventuranza está también conectada de manera lógica con las dos anteriores. La palabra griega para manso es “*praus*”, y significa literalmente “*suave*”, “*humilde*”, “*considerado*”, “*cortés*” y por supuesto, el ejercicio del dominio propio sin el cual estas cualidades son imposibles. Cabe entonces hacer aquí una diferenciación entre esta cualidad y la de la primera bienaventuranza, la cual fue definida también como humildad de espíritu.

La diferencia radica en que la pobreza en espíritu tiene que ver con la visión que la persona tiene de sí misma, en especial, con respecto a Dios. El pobre en espíritu llega a la conclusión de que está en bancarrota espiritual precisamente porque se ve a la luz de la santidad de Dios. Pero ¿Qué sucede cuando el pobre en espíritu se ve a la luz de otros semejantes? La respuesta divina no es orgullo, sino “*mansedumbre*”. De modo que, la mansedumbre tiene que ver con como nos vemos a nosotros mismos con relación a los demás, pues como ha expresado el Dr. Lloyd Jones, cuando tenemos un concepto adecuado de nosotros mismos a la luz de Dios, eso se va a manifestar en la forma en que tratamos al prójimo. Ahora bien, la pregunta clave es ¿Cómo se manifiesta la mansedumbre?

a) De manera negativa:

-
- No se trata de una debilidad, como muchos piensan. ¿Han oído la frase que reza “manso, pero no menso”?, bueno, pues la frase tiene mucho de verdad. Se trata de mansedumbre, no de masedumbre.
 - No se trata de ser indecisos o tímidos, pues si hubo alguien que fue decidido y poco tímido para enfrentar a los hipócritas, ese fue Cristo.
 - No se trata de ser inseguros o de ser de aquellos que son derribados de un golpe. A los apóstoles le dieron par de golpes por predicar el evangelio, pero ellos, como hombres de verdad, se levantaron por el poder del Espíritu y dijeron: “*Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*”.
 - No se trata de una simple afabilidad. Hay personas que de forma natural son amables y simpáticas, pero como ha dicho el teólogo D.A. Carson, a menudo muchos perros también lo son. La mansedumbre va entonces mucho más allá de todas estas cosas.
-

b) De manera positiva. La manera en que se manifiesta la mansedumbre la podemos ver en el ejemplo Bíblico de Moisés, quien es llamado en Números 12:3, el hombre mas manso de la tierra. ¿Qué fue lo que sucedió? Moisés se negó a defenderse cuando su persona y privilegios fueron atacados no solo por el pueblo, sino también por sus mismos hermanos. ¿Por qué? Porque sabía que su causa estaba en las manos de Dios, quien le había puesto como líder sobre el pueblo de Israel. Eso le llevó a no inquietarse ni alterarse ante los ataques, sino a encomendar su camino a

Dios y a confiar en que El actuaría y exhibiría su justicia como la luz y su derecho como el medio día (Sal. 37:1-7). De modo que, el hombre manso es aquel que se sorprende de que Dios pueda pensar tan bien de el y le trate tan bien, a pesar de su pobreza espiritual. En vista de eso, el lo deja todo, aun sus propios derechos y causas, en las manos de Dios, especialmente cuando siente que sufre injustamente. La mansedumbre no es entonces debilidad, sino, como dijo en una ocasión Billy Graham, es poder puesto bajo control, es el deseo controlado de hacer que los intereses de los demás pasen por delante de los nuestros.

Pero es interesante notar lo chocante que esto resulta se para el mundo, especialmente para un mundo tan materialista como el nuestro, en el cual se nos enseña que primero están nuestros propios intereses y luego, “sálvese quien pueda”. Este mundo sumido en el materialismo dice: “agarra lo que puedas; el hombre fuerte llega primero, y que el demonio se lleve a los que se quedan detrás”, pues después de todo, son los fuertes lo que sobreviven. Lo triste del caso es que esta actitud materialista se ha infiltrado de manera epidémica en la iglesia, especialmente en los jóvenes. Esta actitud de “Mio, Mio, es mi vida, son mis planes, son mis sueños” revela que no estamos viendo nuestra propia pobreza espiritual. ¿Sabes algo? Cuando nos vemos todos ante la majestad de Dios, cuando nos vemos todos al pie de al cruz, caemos en cuenta de que todos estamos en la misma condición.

Y alguien dice, “un momento señor predicador, usted dijo hace un momento que manso no es lo mismo que menso. Pero, ¿No esta siendo menso aquel que pone los intereses de los demás por encima de los propios?”. NO. El manso no es menso, es todo lo contrario. El pone los intereses de los demás por encima de los propios porque confía de que por gracia y solo por gracia “*los mansos heredaran la tierra*”, y por eso ellos son bienaventurados. ¡Esto es increíble! Son pobres espirituales, pero por la gracia de Dios, ellos, como coherederos de Dios en Cristo, heredarán la tierra. ¿Hay algo más glorioso que esto?

Aplicaciones:

-
- Amado amigo, no pienses que el manso no está pensando en su propio bienestar, lo que sucede es que el está pensando en su verdadero bienestar, el está sembrando para la eternidad, donde la polilla y el oxido no corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Además, el sabe que poniendo la otra mejilla, es decir, cediendo sus derechos y privilegios cuando la gloria de Dios no sea socavada y cuando sea necesario, muchos serán seducidos a contemplar la herencia que ellos esperan. Por tanto, los menso son los no mansos, porque estos, tal como Fausto, el de la famosa obra de Marlowe, se conforman con las cisternas agrietadas que el mundo les ofrece. No así el manso, quien espera una patria mejor, donde verá cara a cara a aquel que a pesar de su pobreza, envió a su Hijo para darle vida y vida en abundancia.
 - Amados hermanos, cuan lejos estamos muchas veces de esta cualidad.
-

